

Esbozo infantil en la historiografía griega

REMIGIO HERNÁNDEZ MORÁN

RESUMEN

Escasos son los niños que nos han llegado "nominatim" en la literatura griega. Y por lo que respecta a la Historiografía, la época clásica no sale a su encuentro. Aunque en la escultura de la época helenística es donde aparece el niño en todo su esplendor, en la Historiografía sigue la inhibición del mundo infantil. En líneas generales, puede decirse que los historiadores han aportado escaso material al conocimiento del niño y lo justificamos porque ese no era su campo; pero sí lo han tratado con delicadeza cuando ha llegado el momento y se han encontrado con él o, mejor, él con ellos.

SUMMARY

There are very few children that have been given a name in Greek literature. And with regard to Historiography, the classical age does not seek it. Although it is in the sculpture of the Hellenic period where the child appears in all its glory, in Historiography the world of the child remains hidden. In general terms one could say that historians have contributed very little material about our knowledge of the child and we can justify this because it was not their field; but when the moment arrived in which they met the child or rather the child met them, they did treat it delicately.

I. INTRODUCCIÓN

Vamos a adentrarnos con todo respeto en el recinto sagrado del mundo infantil de la Grecia antigua, con toda la humildad y precaución que lleva consigo un estudio sobre algo tan breve y esperanzado como es su vida, su personaje aparecido a través del genio heleno. Y vamos a añascar, a la par, con todo el cariño y unción que presupone su figura digna de ternura, delicadeza y gracia, con toda la simpatía que irradia su persona. Queden, pues, en el frontispicio de este estudio las palabras señeras que dijera a Solón el sacerdote egipcio del *Timeo* 22 b

Vosotros, griegos, siempre sois niños. Un griego jamás envejece; siempre es joven de espíritu.

Desde los albores de su existencia amasó el pueblo griego sus mitos creándolos de la nada o de tan poca cosa como un niño, infundiéndoles el espíritu del héroe, que es el de su raza. Al fin y al cabo toda época heroica supone la forja de

una historia en mantillas. Si a eso se le añade el humor y ridiculez –aspavientos absurdos del proceder– que nimbaban tantas conductas de dioses y héroes, será otra característica infantil que adorne hechos y comportamientos literarios, genealógicas de dioses y seres mitológicos. Incluso los mismos héroes y protagonistas de obras maestras no se ven libres de cierta mezcolanza de virilidad e infantilismo. Si, en verdad, todo pueblo es infantil, no lo es menos el que muchos no han salido de esa edad. Lo mismo que hay pueblos que nacieron a la historia ya viejos y otros adultos, suficientes de sí mismos, existen sociedades que siempre necesitaron de paternalismos y de guías porque su comportamiento adoleció de raquitismo, de infantilismo, que no es precisamente lo acaecido a Grecia, donde todos sus procesos de crecimiento –y, como paradoja, más que en ningún otro, en su momento de ocaso y decrepitud– alimentaron ese espíritu de frescura, espontaneidad y vida, propios de los años de infancia, juventud y madurez. Sí, es verdad que a lo largo de la literatura griega nos encontramos con bandadas de niños revoltosos, ensimismados con sus juegos, pasando dificultades, con su mirada pícaro y con un poso de pena en sus ojos profundos, silenciosos ante el entorno, a veces difícil, del control de la natalidad y del aborto, de la exposición, de la esclavitud y de la pederastia, aspectos que justificó la παιδεία del momento como una simple regulación de la economía o como vínculos de amistad profunda y casi razón de Estado. Pero de figuras-relámpago a auténticos personajes media un abismo; raros son los que nos han llegado nominados, se han quedado tan sólo en tipos, en fachada, no han profundizado los autores en sus caracteres ni nos han ofrecido verdaderos retratos. Puede decirse que la literatura anduvo al unísono de la plástica, más bien ésta al socaire, al paio, de aquélla, y cuando burda se describía la figura infantil, burda se modelaba. Pero cuando llega la época del mayor esplendor en la preferencia por el niño, es cuando éste aparece en todas las artes con su alma al descubierto porque se ha ahondado en su soledad, en su alegría, y hasta las representaciones de Tanagra han quedado al nivel de su estatura. De ahí es de donde va a derivar todo el entusiasmo posterior por el niño del Cristianismo y del Renacimiento hasta nuestros días. Y de ahí precisamente, de ese pequeño hombre, va a surgir el hombre auténtico, porque –como decía Burckhardt– los griegos son quizá la única nación culta que ya a los niños les ofrecía una imagen del mundo completamente objetiva, éticamente muy libre y teológica y políticamente sin tendencias.

II. ÉPOCA CLÁSICA

Tirando del hilo del mito enredado en la madeja de la poesía épica, con ya clara hilatura de verdad según van mostrando los descubrimientos arqueológicos, han de pasar siglos por la rueca de la crítica y el racionalismo hasta llegar a lo que nosotros consideramos auténticos historiadores, los que se proponen con su método y relato narrar hechos históricos y cuyo objetivo es ese y no meramente el verso, sino la prosa, valiéndose de su propia observación o de testigos dignos de crédito. Todos los datos

que hagan atractiva la narración son válidos, entiéndase en el orden geográfico, etnográfico, anecdótico, legendario, costumbrista (νόμοι), etc., hasta llegar al mismo HERODOTO, que huye ya de la logografía como quien pasa sobre ascuas y hace pinitos en lo que debe ser la ciencia historiográfica, pues aún no se ha desenredado del todo del pelo de la dehesa mitológica y de leyendas, por mucho que se le considere “padre de la Historia” y presuma de escéptico ante la religión tradicional.

En lo que respecta a nuestras historias de niños, escaso es el bagaje que nos aporta, sino de pasada, al narrar las costumbres de pueblos diferentes. Y así, de los Peones se nos dice que en sus poblados de palafitos ataban a sus pequeños con una cuerda a una estaca para que no cayeran al agua¹: trata del tráfico de niños entre los Tracios². Los Trausos recibían al recién nacido con lamentaciones y lloros por las calamidades que le esperaban en este mundo y celebraban con cánticos de alegría y regocijo al que lo abandonaba³. Los Ausees —al igual que los Agatyrso— practicaban la comunidad de mujeres y el reconocimiento de un niño como hijo por el parecido físico del padre⁴. Los Libios nómadas cauterizaban de sus niños las venas de la cabeza para evitarles resfriados y así se conservaran muy sanos. Si durante la operación sufrían algún desvanecimiento, los rociaban con orín de cabrón y adelante⁵. Los Egipcios, en cambio, rasuraban las cabezas infantiles para que sus cráneos se fortalecieran al sol⁶, aunque más bien lo hacían como ofrenda a los dioses⁷.

La muerte de niños aparece en algunas narraciones, tal como a su pesar hicieran los Licios y Boges con sus mujeres e hijos antes que rendirse⁸ o la provocada por Sesostris sobre dos de sus hijos para que sus cuerpos le sirvieran de alfombra salvadora en su huida a través del fuego⁹ o, intencionadamente, lapidados y sacrificados¹⁰ para apaciguar los vientos¹¹ o los ánimos¹². Son los niños habidos de las mujeres atenienses raptadas a Lemnos por los pelagosos; su enfrentamiento con los hijos legítimos de las isleñas los condujo a este desastre. Por lo general, las muertes infantiles son a manos no griegas.

Recordemos una vez más el absurdo asesinato del hijo de Prexaspes, cortesano de Cambises, cuando éste en estado de ebriedad traspasó con una flecha el corazón del muchacho, jactándose de su pulso firme a pesar del vino. Hasta el

¹ V 16, 15. Ph. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires*. Coll. des Univ. de France. París 1946.

² V 6, 1.

³ V 4, 5.

⁴ IV 180, 20.

⁵ IV 187, 6.

⁶ III 12, 10.

⁷ II 65, 13.

⁸ I 176, 1; VII 107, 10.

⁹ II 107, 10.

¹⁰ IX 5, 14; 120, 21.

¹¹ II 119, 8.

¹² VI 138, 18.

adulador padre celebró la puntería del rey comparando a su señor con el mismísimo Apolo¹³. O el sadismo del degüello de los hijos de Fanés, mercenario egipcio pasado a los persas, vertiendo su sangre en una cratera en medio del campamento y mezclada con vino y con agua y bebida por los soldados en una escena anticipada de draculismo¹⁴.

En el fragor de la guerra muchos combatientes piensan, sobre todo, en la seguridad de los niños, disponiendo para ello las medidas oportunas¹⁵, pues ellos no son responsables de la xenofobia de sus padres¹⁶, aunque a otros los toman como rehenes para forzar la situación¹⁷. Jerjes no duda —en su lucha contra Grecia— de la lealtad de los Jonios costeros de Asia Menor afincados y obligados por el amor a sus mujeres e hijos¹⁸, situación bien distinta a la narrada en II 30 donde el rey Psammético arenga a soldados egipcios en defección con el recuerdo de sus mujeres e hijos, y uno de ellos, acuciado por el divino Eros después de tres años de concentración, exhibiendo su miembro viril, se jactó de que

“donde estuviera su verija, allí estaban sus mujeres y sus hijos”.

Y es el mismo Psammético el inductor de la historieta por descubrir la primera palabra pronunciada por el hombre. Abandonó en una cabaña a dos niños recién nacidos, amamantados por unas cabras y al cuidado de un pastor encargado de un mutismo total. Al cabo de dos años la primera palabra articulada por los niños fue *bekos*, que en frigio significa *pan*, alimento obviamente desconocido para ellos, mera coincidencia con la existencia de un vocablo extraño, más bien inicial onomatopéyica del balido *bek*—caprino, único sonido escuchado y facilitado por labial y correcto aprendizaje de la lengua materna¹⁹. Lo que no quita para que de entonces en adelante adquirieran un segundo idioma, pioneros y precedente de un Bachillerato que después seguirían otros niños medos aprendiendo escita²⁰, o egipcios siguiendo el griego²¹. A Esciles, hijo de Ariapites, rey de los Escitas, le enseñó su madre istriana las letras y lengua griegas.

Mucho antes que Jenofonte, nos presenta HERODOTO la historia novelada de Ciro I el Grande²² en un alarde de anticipo de lo que va a ser la comedia de enredo y la novela de los siglos posteriores. Exposición, suplantación, anagnórisis,

¹³ III 34-35.

¹⁴ III 11.

¹⁵ V 65, 6; VIII 4, 8; 36, 7; 40, 4.

¹⁶ IX 88, 4.

¹⁷ I 64; III 45, 17; VI 99, 3.

¹⁸ VII 52, 8.

¹⁹ Cf. W. ALY, *Volkmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen*. Göttingen 1921. Ph.- E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires*. Coll. des Univ. de France. París 1948. M. RABANAL ÁLVAREZ, *Grecia viva*. Edit. Prensa Española. Madrid 1972. págs. 73 ss.

²⁰ I 73, 6.

²¹ II 154, 6.

²² I 108-123.

ternura y crueldad, van a ser los ingredientes amasados por la τύχη de esta novela corta de la infancia del fundador del imperio persa.

Enredados venían los sueños obscenos de Astiages respecto de su hija Mandane cuya orina inundaba la ciudad y cuya crica asombraba como tupida parra que cubría toda Asia. Tal sería el vástago que de ella naciera y motivo de recelo para que el abuelo lo hiciera desaparecer por medio de Hárpago, intendente de la corte y hombre de confianza, que, angustiado por la empresa, no se atreve a llevarla a cabo y se la endosa al pastor Mitrádates cuya compañera, Cino, acaba de dar a luz un niño muerto a quien suplantaría el futuro Ciro.

Cuando tuvo diez años y entretenido²³ en uno de sus tantos juegos –tal vez el βασιλίινδα²⁴–, demostró sus dotes de mando al ser elegido rey entre sus compañeros. Enfrentado con uno de ellos por no obedecerle, resultó ser hijo de un alto dignatario real. Conducido ante Astiages, éste le dijo

“¿De modo que tú, siendo hijo de un hombre como éste, has osado tratar con tal villanía al hijo de este hombre, que es persona principal en mi corte?”

y el niño le replicó:

“Señor, yo se lo hice con justicia. Pues los niños de la aldea, uno de los cuales era éste, en sus juegos me nombraron rey suyo, porque les parecía ser el más apto para ello. Ahora bien, mientras los otros niños ejecutaban las órdenes, ése desobedecía y no hacía ningún caso, hasta que recibió su merecido. De modo que si por ello debo recibir algún castigo, aquí me tienes”²⁵.

Reconocido por sus rasgos y por su talante libre, Astiages lo envió a sus padres a Persia, no sin antes haberse vengado en un niño de trece años, hijo único de Háspago, por no haber cumplido otrora el mandato de su rey²⁶.

Con esta misma edad de diez años su hijo Cambises II, ante un desaire de su padre para con su madre Casandane por una egipcia advenediza llamada Nitetis, se dirigió a su madre diciéndole

“No te preocupes, madre, porque, cuando yo llegue a mayor, pondré a Egipto patas arriba”²⁷.

y lo cumplió, en efecto, conquistándolo en el 525 y proclamándose faraón.

²³ I 114.

²⁴ ΡΟΙΛΥΧ ΙΧ, 110. βασιλίινδα μὲν οὖν ἔστιν ὅταν διακληρωθέντες ὁ μὲν βασιλεύς τάττη τὸ δ' ὑπηρετῆς εἶναι λαχὼν πᾶν τὸ ταχθὲν ὑπεκποιῆ. Cf. ΠΛΑΤὸΝ, *Teetelo* 146 a.

²⁵ Cf. ΠΛΑΤὸΝ, *Filebo* 18 e ἡμεῖς δὲ δὴ λέγομεν, καθάπερ οἱ παῖδες, ὅτι τῶν ὀρθῶς δοθέντων ἀφάιρσις οὐκ ἔστι. (“Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita”).

²⁶ Cf. I 73, 12.

²⁷ III 3, 10.

En I 136, 6 hace HERODOTO una exigua y famosa referencia²⁸ a la educación persa, de montar a caballo, disparar el arco y decir la verdad, que le enseñará el padre al hijo, a quien no ha visto hasta los cinco años, pues no soportaría el dolor de su muerte si antes lo hubiere conocido.

Curiosas historietas infantiles son del agrado de HERODOTO. Anécdotas que demuestran la simpatía del autor porque al fin los niños se salvan. Es el caso de CIPSELO²⁹, hijo de la postergada Labda, de la dinastía de los Baquíadas, a quien éstos persiguieron para darle muerte³⁰. La sonrisa del bebé³¹ hizo que pasara de brazo en brazo de sus enemigos, los desarmara, y al final huyeran para volver poco después cuando ya su madre lo había ocultado en un jarrón³². En él se cumplió el oráculo del fin de los Baquíadas, proclamándose tirano de Corinto en el 657.

La duplicidad de la monarquía espartana nos la explica HERODOTO VI 52 por el nacimiento de los gemelos EURÍSTENES y PROCLES, a poco de morir su padre Aristodemo, ante la dificultad de dilucidar quién de ellos fuera el primogénito y con la escasa colaboración de su madre Argia, deseosa lógicamente de tener dos hijos reyes, además de la respuesta afirmativa del oráculo de Delfos. A instancias y por consejo del mesenio Panites andaban los espartanos al acecho de la madre de las criaturas por las preferencias de ésta en sus crianzas —prioridad en el aseo y en el amamantamiento— y así descubrir al mayor y honrarle como tal. Y así sucedió, a la vista del orden constante de la madre en aquellos menesteres, que los espartanos acogieron a Eurístenes en una mansión del Estado con la primacía de honores y dignidad.

Como caso curioso mencionaremos el del rey espartano Anaxandrides. No teniendo descendencia de su primera esposa, los espartiatas le obligaron a tomar a una segunda mujer τεκνοποιόν³³. Pero he aquí que sale la primera dando a luz a un hijo ante la sorpresa general de la corte, no teniendo inconveniente en proseguir la racha dinástica y la serie principesca de Dorieo con los gemelos Leónidas y Cleómbroto. No obstante, fue Cleomenes, habido de la segunda esposa, el futu-

²⁸ “Y enseñan a sus hijos, desde los cinco a los veinte años, tres únicas cosas: montar a caballo, disparar el arco y decir la verdad”.

²⁹ V 92 γ.

³⁰ προσουδίσαι = estrellarlos contra el suelo. Es la acusación de Clitemestra a Agamenón por la muerte del hijo de su primer matrimonio, EURÍPIDES, *Ifigenia en Aulide* 1151. Cf. *Iliada* XXII 63 ... καὶ νήπια τέκνα βαλλόμενα προτὶ γαίῃ ...

³¹ Que un recién nacido (Ὡς δ' ἔτεκε ἡ γυνὴ τάχιστα) sonriera, sólo podía ser por θεῖη τύχη, por influencia o intervención divina, como lo había sido el nacimiento, crianza y vida de Ciro. Cf. I 126, 20; 204, 6.

³² κυψέλη —de donde Cipselo— ha de entenderse, más bien, como un recipiente cilíndrico, tal como aparece en monedas de la ciudad tracia de Cipsele. PAUSANIAS V 17 5 lo equipara a un cofre, urna funeraria, arca o cestillo de exposición (λάρναξ). Cf. LEGRAND, O. c.; cf. E. CHAMBRY 294, *Esopé. Fables*. Coll. des Univ. de Fr. París 1985.

³³ V 40, 8.

ro rey de Esparta. Se cuenta, precisamente, que una hija de éste, GORGO³⁴ a sus ocho años dio muestras de clara inteligencia y prudencia. Habiéndose presentado Aristágoras, tirano de Mileto, en la corte del rey Cleomenes llevando consigo una lámina de bronce con el grabado de un mapa terrestre con sus mares y ríos, se lo ofreció casi como presente al futuro señor de estas conquistas si le ayudaba en el levantamiento jónico contra los persas, proyecto que rechazó Cleomenes, prevenido por la perspicacia de su pequeña Gorgo ante el soborno de cincuenta talentos por parte del tirano.

Πάτερ, διαφθερέει σε ὁ ξείνος, ἢν μὴ ἀποστάς ἦς.

Pocos años después Aristágoras y los suyos, abandonados a su suerte, perecían en lucha con los tracios edones.

En VI 61 nos narra el historiador la encantadora leyenda, el cuento maravilloso de la primera cenicienta de la historia, precedente del *Patito feo*, de Andersen, en que, por taumaturgia de la semidiosa Helena, la niña más fea del lugar se transforma, con mucho, en la más preciosa mocita casadera de Esparta. Desahuciada de sus padres por su fealdad y acogida cariñosamente por su nodriza hasta presentarla en el santuario de Helena en Terapne, famoso por transmitir la belleza, obtuvo la aparición de la hija de Zeus y el cumplimiento de su deseo³⁵, convirtiéndose luego en la más hermosa mujer y reina de Esparta como tercera esposa de Aristón, no en muy buena lid ganada, sino birlada a su buen amigo Ageto en una especie de *timo de la estampita*, única forma de que el reino espartano tuviera, al fin, un sucesor en el discutido Demarato, del que su mismo padre sospechaba no serlo o ser ignorante del proceso reproductivo, pues, no habiendo transcurrido los diez meses presumibles, sentado con su cachaza en el Consejo de los Eforos, echaba cuentas con los dedos de los meses desde su boda. La madre lo tuvo por sietemesino, no descartando incluso la intervención del héroe Astrábaco, curándose ella en salud y preservando el trono a su hijo.

Resumiendo, lo que HERODOTO nos dice de los niños es simple coincidencia, anécdotas que le salen al paso en su narración. No los busca; se encuentra con ellos. Y de higos a brevas.

Atrás quedan los asépticos datos de un acontecer, el cuándo, dónde y cómo, elementos externos del devenir. Pero hay que pararse a pensar en el protagonista de todo ello, el hombre, centro y único punto de referencia histórico, y preguntarse el *porqué* de su comportamiento. Entonces es cuando surge la auténtica ciencia de la Historia y su primer filósofo, TUCIDIDES. Este hombre que se encuentra entre las manos con la gran responsabilidad de narrar para la posteridad el trágico

³⁴ V 48.

³⁵ τὴν δὲ καταψῶσαν τοῦ παιδίου τὴν κεφαλὴν εἶπαι ὡς καλλιστεύσει πασέων τῶν ἐν Σπάρτῃ γυναικῶν.

co fin de la guerra civil y que lo es de su patria, la recoge a la vez con entusiasmo y vocación, con la verdad por delante y analizando detalladamente la mínima acción emprendida por cada bando, dedicando toda una vida al exclusivo quehacer de profundizar en una ciencia que él considera matemática, noria, ejemplo a tener para los venideros, con axiomas que más bien parecen dogmas y que los tengan delante porque son leyes que volverán a repetirse.

Poco da para parar mientes en los niños un relato tan político, en un menester tan de hombres como es la guerra; pero sus consecuencias sí van a alcanzar, como ocurre desgraciadamente con todas las guerras, a estas tiernas carnes que sentirán el desgarró. La gravedad de TUCIDIDES, su seriedad, la descripción de caracteres, no son óbice a la alegre vivacidad de los muchachos por quienes él siente una gran simpatía manifestada en el pequeño príncipe cogido en brazos por Temístocles, prueba la más eficaz de petición de asilo al rey de los molosos, Admeto³⁶. Niños y mujeres son objeto de cuidados y violencias, de predilección y de desmanes, según las ciudades y las circunstancias. Los atenienses miman a los suyos evacuándolos del campo a la ciudad, acogiénolos en los Muros Largos³⁷; por contra, no dudan en dar muerte a los varones melios y en someter a esclavitud a los niños y mujeres³⁸.

En el famoso discurso fúnebre³⁹ infunde a los padres valor y esperanza de nuevos hijos que les serán de consuelo por los que se fueron, a la vez que acrecientan y aseguran la ciudad y ésta, a su vez, acogerá a los huérfanos, digna corona a la muerte de sus mayores que aquí honran. Lo que nos demuestra el acuerdo de TUCIDIDES por la infancia desvalida y la justicia –no simple generosidad– de la ciudad– de la ciudad-estado en pro de los huérfanos por la patria, su adopción para criarlos y educarlos hasta la juventud⁴⁰.

Otro rasgo de esta magnimidad tucidídea por los niños nos lo presenta en sus característicos discursos puestos en boca de sus personajes. En III 37-48 nos expone las encontradas propuestas de Cleón –partidario de un escarmiento ejemplar contra los mitileneos sublevados, matando incluso a mujeres y niños– y la de Diódoto –prudente seguidor del justo castigo sólo de los culpables–. Pero no puede evitar que Atenas –la que Pericles llamara otrora *escuela de Grecia*– en un acto de fuerza, ebria de prepotencia y, sin duda, con el escozor de la duda de su grandeza en el alma y en momentos de despecho y arrebato, diera muerte a los varones de Esciona y sometiera a esclavitud a sus mujeres y niños⁴¹. En cambio, signo de delicadeza es la propuesta de paz entre lacedemonios y argivos,

³⁶ I 137, 1. καὶ μέγιστον ἦν ἰκέτευμα τοῦτο.- THUCYDIDES. *Historiarum capita selecta*. Edidit Walter MURI. Bernae - H. S. JONES - J.E. POWELL, *Thucydides Historiae*, Oxford, Oct., 1942.

³⁷ II 14, 1.

³⁸ V 116.

³⁹ II 44 y 46.

⁴⁰ Cf. ARISTÓTELES, *Politica* B 7. 1268 a 7 ss. Recuerda la ley protectora de los huérfanos por la guerra.

⁴¹ V 32.

donde la primera condición que se estipula es la devolución de los niños a los orcomenios por parte de los argivos e igualmente acontece con los niños rehenes de los lacedemonios, en que éstos se comprometen a devolverlos a sus respectivas ciudades⁴². Pero lo que nos llena de una pena incontenible, de impotencia ante la calamidad, de inconsolable tristeza, es la tragedia acaecida de Micaleso (Beocia), donde unos mercenarios tracios

“irrupieron en una escuela de niños, la mayor de la población, en la que los niños acababan de entrar, y los mataron a todos”.

Y apostilla TUCIDIDES, preso de la misma conmoción,

“sobrevino a la ciudad entera una desgracia no inferior a ninguna e imprevista y cruel más que cualquier otra”⁴³.

Unos renglones antes había TUCIDIDES como querido prevenirnos de que esa mortandad y crimen nada más podía ser obra de bárbaros –no de griegos–, pues

“Los tracios, en efecto, cuando se creen seguros, son muy sanguinarios, tanto como los que más de entre los bárbaros”.

Y más adelante se condele con Micaleso⁴⁴

“sufrió un desastre tan digno de ser llorado como cualquier otro de la guerra”.

A esa altura pone TUCIDIDES la desgracia, la *massacre* de Micaleso, sin duda de un gran número de niños, cuando, aún con el velo del sueño en sus ojos o la algabía y alboroto del fin del recreo, se apelotonaban por entrar en el aula y, ya quietecitos en sus bancos, sorprendieron su curiosidad y sus mentes ante tan incomprendible y tamaña acción de unos mayores que jugaban a la guerra de verdad.

A pesar de la exigüidad de datos de niños, parece que TUCIDIDES se muestra más delicado que Heródoto, aunque, como éste, su temática tampoco se prestara a florituras infantiles en lo que era mayormente estruendo horroroso de adultos y fragor de armas. La mención, como botín de guerra, de mujeres y niños en incursiones bélicas y su posterior solución de esclavitud o exterminio nos define a cada ciudad en la valoración de la mujer y del niño.

Por lo que hace a la peste desencadenada en Atenas y tan patéticamente descrita en II 47 ss., se nos viene a las mentes la indudable presencia y asistencia de gran número de médicos entre los que podría hallarse HIPÓCRATES. Pero ni el

⁴² V 77.

⁴³ VII 29, 4. Desgracia semejante –muerte de niños en la escuela al derrumbarse la techumbre– nos la cuenta HERÓDOTO VI 27, 2.- Cf. PAUSANIAS, 6, 9, 3.

⁴⁴ VII 30, 4.

historiador ni el interesado nos hablan de tal extremo⁴⁵, a no ser que, como va a ocurrir seis siglos después con su compilador, crítico y colega, GALENO, rehuyera tales epidemias, a pesar de sus escritos homónimos. Pero tal cobardía hubiera ido en contra de sus mismas convicciones y de su ética. La verdad es que la Medicina empieza propiamente con él y, por lo que respecta a nuestro estudio, son continuas las referencias a las enfermedades infantiles, propiciando la vida desde sus comienzos al negarse, según su famoso *Juramento*, a prácticas abortivas⁴⁶.

En sus *Aforismos*, *Aires, aguas y lugares*, *Pronóstico y Naturaleza del hombre*, aparecen el origen, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento de las enfermedades más corrientes entre los niños, como diarreas, tos, inflamación del ombligo, amigdalitis, supuraciones de oído, ascaradiasis, aftas, etc. cuyo estudio y análisis demuestran su preocupante interés por ellos, amén de obras tan específicas como *Feto en siete meses*, *Feto en ocho meses* y *Naturaleza del niño*.

El final deshilachado de la *Historia*, de Tucídides, lo corcuse a su manera JENOFONTE (428-354 a.C.) con las *Helénicas*⁴⁷. De familia acomodada, su *hobby* fue la historia, mejor diríamos, el escribir, pues su afán aventurero lo llevó a países lejanos y a alistarse en empresas que dieron pie a su afición. Quede dicho de antemano que también aquí nos vamos a encontrar con un escritor a quien se acercan los niños esporádicamente, sin intención de ir a ellos; es una constante de todos los historiadores, a quienes sirve de descargo el tener que preocuparse de problemas que crearon los hombres y no los niños, precisamente.

En las *Helénicas*⁴⁸ ya se hace referencia a un rasgo de ternura del bizantino Anaxilao, a quien se acusa de traidor por haber entregado la ciudad de Bizancio al enemigo, y él se defiende diciendo ser incapaz de soportar ver morir de hambre a mujeres y niños, por lo que optó por lo mejor, a su entender. Y fue absuelto por los éforos. Detalles parecidos observamos⁴⁹ cuando Trasibulo exhorta a sus soldados a la victoria, que los devolverá a sus hijos y esposas; en V 4, 12 se nos presenta un JENOFONTE escueto y seco ante los tebanos, por extender su furor hasta los propios hijos de los muertos, apoderándose de ellos y degollándolos, en la capitulación de los lacedemonios de Tebas; y vemos al magnánimo Agesilao favoreciendo a los ancianos, mujeres y niños, en la toma de Eutea (Arcadia)⁵⁰.

⁴⁵ Para muchos estudiosos la disección que TUCIDIDES hace de la *Historia*, de su metodología, muy bien pudiera parangonarse con el pronóstico o tratamiento hipocrático al curso de una enfermedad. Cf. E. LITRE, *Oeuvres complètes d'Hippocrate* I. Paris 1839; K. WEIDAUER, *Thukydides und die hippokratischen Schriften*, Heidelberg, 1954; Ch. LICHTENTHAUER, *Thucydide et Hippocrate vus par un historien-médecin*, Ginebra, 1965.

⁴⁶ οὐδὲ γυναικὶ πεσσὸν φθόρον δώσω.

⁴⁷ *Anábasis* IV 8, 25.

⁴⁸ I 3, 19.

⁴⁹ II 4, 17.

⁵⁰ VI 5, 12.

En la *Ciropedia*, auténtica historia novelada, nos cuenta la vida de Ciro el Grande, deteniéndose más en su juventud que en su infancia⁵¹. Su educación estriba en las doctrinas de Sócrates hasta convertirle en un príncipe ideal, espartano en la disciplina y socrático práctico por la moral y el espíritu reflexivo y dialéctico; mitad-mitad del hombre que lo describió, si bien el ideal educativo del que participa JENOFONTE y que transmite a sus hijos es consecuencia de su doble vivencia filoespartana y filopersa⁵². A los doce años Ciro es enviado con su madre Mandane a la corte de su abuelo Astiages, donde se ve sorprendido por su fastuosidad

I 3, 2 “¡Madre, qué maravilla de abuelo tengo!”

Habiéndole preguntado su madre a quién consideraba, entonces, más hermoso, si a su padre o a su abuelo, Ciro respondió

“Madre, entre los Persas es con mucho mi padre el más hermoso, pero entre los Medos que he visto fuera y dentro de palacio es éste, mi abuelo, sin duda el más hermoso”.

Aprende a montar a caballo y es un niño modelo a los ojos de todos, dando muestras de templanza, de generosidad⁵³ y de amabilidad, y alguna también de charlatanería, pero es, más bien, efecto de la edad, como se apresta a disculgar JENOFONTE. Nos refiere la anécdota de Sacas, copero del rey, por quien Ciro no siente ninguna simpatía, y al hilo de ella da algunas lecciones a su abuelo con cierta ironía antidemocrática sobre la libertad de expresión (*ισηγορία*), cuando en cierta ocasión todos en comandita hablan, cantan y gritan a la vez, entre risotadas y ebriedades, y sobre la libertad de acción.

I 3, 9-10

“Y Ciro, después de coger la copa, la enjuagó tan maravillosamente como lo había visto hacer a Sacas, a la vez que mostraba una actitud tan diligente y tan elegante al presentar y entregar la copa a su abuelo que causó mucha risa a su madre y a Astiages. Y el mismo Ciro, echándose a reír, saltó sobre su abuelo y, al tiempo que le besaba, dijo:

– Sacas, estás perdido: te voy a quitar el puesto y, además de que escanciaré el vino mejor que tú, no me lo beberé.

Los escanciadores de los reyes, cuando sirven la copa, tomando de ella un poco con una tacita, lo vierten en la mano izquierda y lo prueban para que, si han echado algún veneno, les sea también perjudicial.

⁵¹ I 3 ss. M. BIZOS, *Xénophon. Cyropédie* I. Col. des Univ. de Fr. Paris, 1972.

⁵² Cf. J. KARNASOPOULOS, “*Ideodé, morphotikáí axiai kaí paidagogikáí idéai tou Xenophontos*”, *Platon* 26 (1974).

⁵³ I 4, 26. En su despedida, de regreso a Media, regala su túnica a Araspas, un amigo de infancia.

Después de esto, Astiages dijo en son de broma:

- Ciro, ¿por qué, imitando en otras cosas a Sacas, no tomas también un poco de vino?
- Porque, por Zeus, tenía miedo no siendo que hubieran mezclado veneno en la cratera, pues, cuando invitaste a tus amigos en tu cumpleaños, me di cuenta claramente de que él os echaba veneno.
- ¿Y cómo lo advertiste, mi niño?
- Por Zeus, porque os veía vacilantes de razón y de cuerpo; y, sobre todo, porque lo que no permitís que hagamos los niños, lo hacíais vosotros.

I 3, 10-11

“Gritabais todos a la vez sin entenderos entre vosotros y cantabais entre risotadas y, sin prestar atención al que cantaba, jurabais que lo hacía muy bien. Cada uno de vosotros hablaba de su propia fuerza, pero luego, si intentabais levantaros para bailar, no erais capaces no ya de mantener el ritmo, sino ni siquiera de manteneros en pie. Habíais olvidado del todo tú que eras el rey y los demás que tú eras su soberano. Entonces comprendí por mí mismo y por primera vez que lo que vosotros hacíais se llamaba libertad de expresión, pues erais incapaces de callaros un momento.

Y Astiages dijo:

- Pero tu padre, muchacho, ¿no se emborracha cuando bebe?
- No, por Zeus.
- Entonces, ¿cómo hace?
- Pues, al dejar de tener sed, deja de beber y no cae en la borrachera, además de que, abuelo, no tiene un Sacas que le sirva el vino.

Y terciando su madre:

- ¿Cómo, mi niño, siempre te andas peleando con Sacas?
- Porque le odio, pues muchas veces cuando quiero correr junto al abuelo, el muy asqueroso me lo impide. Por eso te suplico, abuelo, que me concedas tres días para poder mandarle.

Y Astiages le preguntó:

- ¿Y cómo le vas a mandar?

Y Ciro contestó:

- Colocándome como él a tu puerta y, cuando quiera entrar a desayunar, le diré que aún no es posible pasar a desayunar, pues Astiages está ocupado con alguien; y si de nuevo quiere ir a comer, le diré que se está lavando; y si se pone nervioso de hambre, le diré que está con las mujeres, hasta desesperarle como él me desespera a mí alejándome de tu lado”.

⁵⁴ I 2, 6-8. Justicia, gratitud, templanza, obediencia, sobriedad, son las virtudes que constituyen la *paideia* del niño persa, que conforman la educación del príncipe ideal.

Astiages hace a Ciro las más bellas promesas para que permanezca a su lado y Ciro se queda con su abuelo aprendiendo educación⁵⁴ y procurando ser el primero en todo a la vuelta a su patria, Persia, al tiempo que su madre, Mandane, le presenta los últimos tests de gobierno democrático persa (gobierno moderado)⁵⁵ –τὸ ἴσον ἔχειν δίκαιον νομίζεται– frente al gobierno tiránico medo (absoluto) –πάντων ἑαυτὸν δεσπότην πεποίηκεν–.

Toda la obra de JENOFONTE está impregnada de un cierto barniz didáctico, sobre todo el *Económico*. Hace referencia al niño en el campo rodeado de la familia, de los amigos, de los esclavos⁵⁶; encontramos palabras cariñosas para los esclavos que se identifican con la casa, le toman afecto y logran formar una familia y criar unos hijos. No es que esta obra sea un continuo método y tratado de economía doméstica, de los hijos y su educación⁵⁷, pero cuando se dirige a su joven esposa reconoce que la divinidad y la naturaleza enseñaron más a la mujer que al hombre a amar a los niños⁵⁸, lo que no quita para que en las *Memorables* II 2 nos presente a un sencillo y delicado Sócrates charlando con su hijo Lamprocles sobre el amor y gratitud que debemos a los padres por los cuidados con que nos favorecieron y los sinsabores que les hicimos pasar, sobre todo, cuando éramos pequeños o nuestra enfermedad los mantenía en vigilia día y noche. En general, comparando las obras en que aparece el personaje de Sócrates con las de Platón, nos da la impresión de que JENOFONTE trata a la infancia –más bien diríamos, a la juventud– con más despego que lo hiciera Sócrates, pasa por ella como sobre ascuas, no se detiene, no es ese su mundo, tal vez porque se viera rodeado de soldados jóvenes y adultos y con ellos estuviera más en su salsa, más en su ambiente; le resbala el mundo infantil, renuncia a él rápidamente, aunque para ello tuviera que reconocer que virilidad y espíritu infantil aparecen en muchas figuras de sus héroes y soldados o tuviera que conmovernos con la muerte del hijo de Gobrias y la del hijo de Cresos⁵⁹.

En el *Estado de los lacedemonios* hace un curioso estudio sobre la educación espartana partiendo de la misma procreación y pasando por el *pedónomo* (magistrado propuesto para la vigilancia de la infancia) y por el *irene* (que presidía las comidas) hasta el respeto y el amor de y a los niños.

Entre la miscelánea del gran polígrafo que es JENOFONTE nos encontramos algún juego infantil, si no propiamente de niños como los aros y marionetas usados por bailarinas en reuniones musicales y malabares⁶⁰, sí el de a *cuántos*⁶¹ (nuestro popular *a los chinos*)

⁵⁵ “El tener lo mismo (es decir, los mismos derechos) es tenido por cosa justa”.

⁵⁶ V 10.

⁵⁷ VII 12.

⁵⁸ VII 24.

⁵⁹ *Ciropedia* IV 6, 3-7; VII 2, 20.

⁶⁰ *Banquete* II 8 y IV 55.

⁶¹ *Hipárquico* V 10. Cf. E. DUBOIS, *Xenophon. Le commandant de la cavalerie*. Coll. des Univ. de Fr. Paris, 1973. *ποῦτος* es corrección de DINDORF a la codicial de *ποσὶ δὲ ᾧ* y, aun-

“Los niños cuando juegan a *cuántos*, pueden engañar proponiendo parecer tener pocos chinos teniendo muchos y, teniendo muchos, dar la impresión de tener pocos”.

Con JENOFONTE, a pesar de su frialdad en la narración, donde los personajes son superficiales, abstracciones de virtudes o vicios personificados, y donde faltan los verdaderos caracteres, se respira ya un cierto aire por la llegada del Helenismo, pues no en vano convive con otros artistas, concretamente escultores, como Cefisódoto cuya estatua de *Eirene* con Pluto-niño en brazos muy bien pudo admirar JENOFONTE paseando con Sócrates por el ágora de Atenas, recordando idénticos temas aristofánicos sobre la Paz y la Riqueza. La bella arte de la Escultura es la más afín a la niñez y camina de la mano de la Poesía. Entre ambas nos trajeron en volandas a estos personajes infantiles y nos los describieron en sus líneas mórbidas de esplendor y encanto. La música, la Arquitectura y la Pintura a ellos dedicadas se las llevó el viento o el tiempo.

Corren los años de la hegemonía de Tebas y su desmoronamiento (362) y del de toda Grecia agobiada por tantas guerras. Es el momento de la reflexión, de volver a la política interna, a recuperar la maltrecha economía, a la política social de grandes obras, ornato de las ciudades. De ahí esas esculturas que predicán la paz, que añoran la antigua riqueza, que desean cambiar la faz bélica por la pacífica, y en ningún caso mejor modelo que el niño, como indicando que sólo dentro de la inocencia, del futuro que esconde todo niño, se encuentra Pluto, la auténtica riqueza. Por ello, el ejemplo que ofrece Cefisódoto es la interpretación humanizada de aquella política en la que Pluto-niño se vuelve cariñoso, pronto a acariciar las mejillas de su *alma mater*, la Paz. Contemporáneo también es Praxiteles, el hijo de Cefisódoto. Ha superado al padre y la línea se vuelve de terciopelo, ondulante, hipocóristica, propia de la adolescencia, de la femeneidad, del niño, en suma. Los tiempos y sus políticos, sus creencias y sus costumbres y hasta su arte, habían envejecido; había que rejuvenecerlos. Y renace el eco infantil de la obra de Cefisódoto: *Hermes* con Dioniso-niño, casi la misma pose, la misma inquietud en el niño, quizá no tan decidido ni tan gracioso, pero ahí están ya las primeras muestras y réplicas de lo que la Literatura anuncia.

que resulte un *hapax*, tiene su justificación en el mismo sufijo *-ίνδα* de otros juegos (βασιλίνδα, κυνηπίνδα, χυτηπίνδα) antiguos acusativos adverbializados comitativos de παίζειν, en giros similares al latino *datatim, expulsim ludere* o a nuestro *jugar a...* Se trataría, en este caso, de un juego entre dos (o más) personas que ocultan en su puño un número determinado de monedas, piedrecillas, legumbres, etc.; y gana el que acierta la suma total *-πόσα ἐχχει-* de aquéllas entre ambos jugadores. Cf. L. BECQ DE FOUQUIERES, *Les jeux des Anciens*. Paris, 1889. D.DIMITRACOU, *Grand dictionnaire de la langue grecque*. Athènes, 1958.

III. ÉPOCA HELENÍSTICA

Van desvaneciéndose en el atardecer heleno los últimos destellos de una cultura y de una fuerza cuyo relevo toma el nuevo sol de Roma. El atleta transmisor e historiador de esta transición podríamos personalizarlo en POLIBIO (Megalópolis. 200-127), protagonista, a la vez, con sus *Historias*, del ocaso y la alborada, narrados como corresponde a un hombre íntegro, capaz, político y militar, con hondas resonancias tucidídeas.

Como ya vimos en la época clásica, la historiografía se muestra poco condescendiente con el personaje infantil y, si lo hace, es meramente como simple mención, pero nunca como hincapié, objeto voluntario de estudio. Esto es lo que nos ocurre con este historiador. Casi siempre trata de adultos en sus años de infancia. Querer encontrar niños en POLIBIO es como buscar una aguja en un pajar. Un niño en temas totalmente bélicos es como polluelo en corral ajeno, pues es muy difícil que los historiadores los comenten intencionadamente. No es su sitio. La guerra de los niños está en casa.

En el libro I 81, 10 nos habla de la gangrena de la impiedad y de la crueldad que puede extenderse por el cuerpo de la sociedad y que radica en una educación pésima recibida ya en la niñez. En el libro II 1, 6 y III 11, 5 ss. hace referencia a Aníbal, de nueve años, cuando pasa a España con su padre Amílcar, deseoso de aventuras como cualquier niño, y el juramento ante un altar de Zeus de su odio eterno a los romanos. Nos habla POLIBIO⁶² de los cuentos y chismorreos de los historiadores Quéreas y Sósilo al afirmar que los romanos llevaron demagógicamente a la asamblea del Senado a sus hijos de doce años cuando se enteraron de la toma de Sagunto por los cartagineses. Se cita a Filipo V de Macedonia cuando era todavía casi un niño⁶³. Y en IV 20, 8 hace un repaso de la música diciendo que los arcadios la consideraban como nodriza no sólo de los niños, sino también de los jóvenes, y como enseñanza obligatoria educa y su conocimiento les lleva a participar en el teatro, en las fiestas, en los concursos. Y para no desdecirnos de la crueldad infantil⁶⁴ demostrada bien *motu proprio* o azuzada por extraños⁶⁵ se nos narra la muerte de Hermias, lugarteniente de Antíoco III, de su esposa y de sus hijos, a pedradas y a manos de niños!

Al describir la batalla de Rafia (217) entre Ptolemeo IV Filopátor y Antíoco III, se cita a Filipo, amigo de infancia del Seléucida, y que iba al mando de sesenta elefantes⁶⁶. Al referirse a la monarquía romana, presupone a Lucio Tarquinio de ascendencia griega, hijo de Demátrato el corintio, y por su buen natural y debido a la educación que recibiera desde niño, congenió estupendamente con Anco Marcio al que sucedería como rey. En el libro IX 26a hace un *excursus* sobre la des-

⁶² III 20, 3.

⁶³ IV 2, 5 y 3, 3.

⁶⁴ *Ant. Pal.* VII 200 y 201.

⁶⁵ V 56, 15.

⁶⁶ V 82, 8.

proporcionalidad entre el perímetro y la magnitud de las ciudades. Hacerlas coincidir sería propio de niños que han olvidado la geometría que aprendieron en la escuela. Igual que los que creen que las ciudades construidas en laderas o montañas son más capaces que las edificadas en el llano. Y vuelve a acudir a la inteligencia de un niño para comprender algo tan fácil, excepto para políticos y militares. Tal vez por su proclividad, agradecimiento y simpatía a los romanos, nos describe POLIBIO⁶⁷ la toma de Cartagena (210) por Publio Cornelio, la magnanimidad mostrada con las mujeres y niños prisioneros, tanto hispanos como cartagineses, su afabilidad y ternura para con ellos, a quienes prometía que volverían a ver pronto a sus padres rehenes, la generosidad y largueza regalándoles joyas y brazaletes a las niñas y espadas y puñales a los niños, todo ello indicio de su admiración por P. Cornelio Escipión y que se refleja en lo que él cree más relevante de aquel espíritu romano.

Por lo demás, cuando ataca a alguien o trata temas de escasa importancia, no deja caer de sus labios —de su cálamo, diríamos mejor— la palabra *pueril*, como cosas de niños, como si apenas merecieran alguna consideración⁶⁸.

Finalmente, en uno de los pasajes más apasionantes de sus *Historias*⁶⁹ nos narra el trágico final del cortesano y tirano Agatocles, como tutor de Ptolomeo V Epífanes, niño aún⁷⁰. Después de las muertes violentas de sus padres, Ptolomeo IV Filopátor y Arsínoe, es proclamado rey el príncipe y entregado a los cuidados de Enante y Agatoclea, madre y hermana, respectivamente, de Agatocles. El pueblo egipcio ya estaba harto de la corrupción que gangrenaba la corte de Alejandría. Morosamente nos detalla POLIBIO cómo va extendiéndose por el pueblo esta sublevación contra quienes quieren manipular al joven rey. Cuando Agatocles —con los suyos— se ve completamente acorralado, en un acto de pura demagogia y cinismo, coge al pequeño en sus brazos y lo alza y presenta al pueblo pidiendo la salvación del trono. Pero ya no hay tiempo y el pueblo enfurecido, sabedor de tantos crímenes y desmanes, como un toro monolítico a punto de embestir, se lanza y acorrea aquella corte denigrante, aclama entusiasmado a su rey —adultos y niños, todos en una pieza—, a pesar del patético exhibicionismo de Agatoclea con sus pechos al aire, fuentes que fueron del rey-niño. La muerte y la rabia hacen presa por las escalinatas del palacio y por las calles de la ciudad, arrastrando cadáveres desnudos, linchamientos sin compasión. Y nos dice POLIBIO, rematando, que sólo lo útil y deleitable es propio de la Historia; en otro caso, lo sería de la tragedia. Pero él parece que lo disimula en su final, pues nos deja de muestra este inicio de vida, de realeza, de los primeros años de un pequeño príncipe con los ojos muy abiertos, extrañados y estremecidos por lo que empiezan a divisar que entrañan la política y la guerra.

⁶⁷ X 17 y 18.

⁶⁸ XII 25 j, 9; 26 d, 6.

⁶⁹ XV 25 ss.

⁷⁰ Cf. F. W. WALBANK, *Polybius*, Berkeley-Los Ángeles, 1972. POLIBIO atribuía a la Fortuna la destrucción de las dinastías de Filipo y Antíoco como justo castigo a la conspiración contra el pequeño rey Ptolomeo V Epífanes.

En líneas generales, se puede decir que los historiadores han aportado escaso material al conocimiento del niño, han mostrado poco interés por él, y lo justificamos porque ese no era su campo; pero sí lo han tratado con delicadeza cuando ha llegado el momento y se han encontrado con él o, mejor, él con ellos.

No es que el autor haya salido a los caminos de la historiografía en busca de los niños trasconejados y los haya arrastrado forzados al redil de mi trabajo. Muchos burlándose de mi empeño se dieron tal vez la media vuelta y como sus pasos fueron más ágiles que mis pies, nunca más volví a saber de ellos y desde su pequeño escondite siguen riendo pícaramente. No pretendí otra cosa sino su compañía y su conducta a través de los textos de aquellos autores que en ellos pusieron siempre con afecto su nombre propio, tenantes de su gloria y mi llamada.